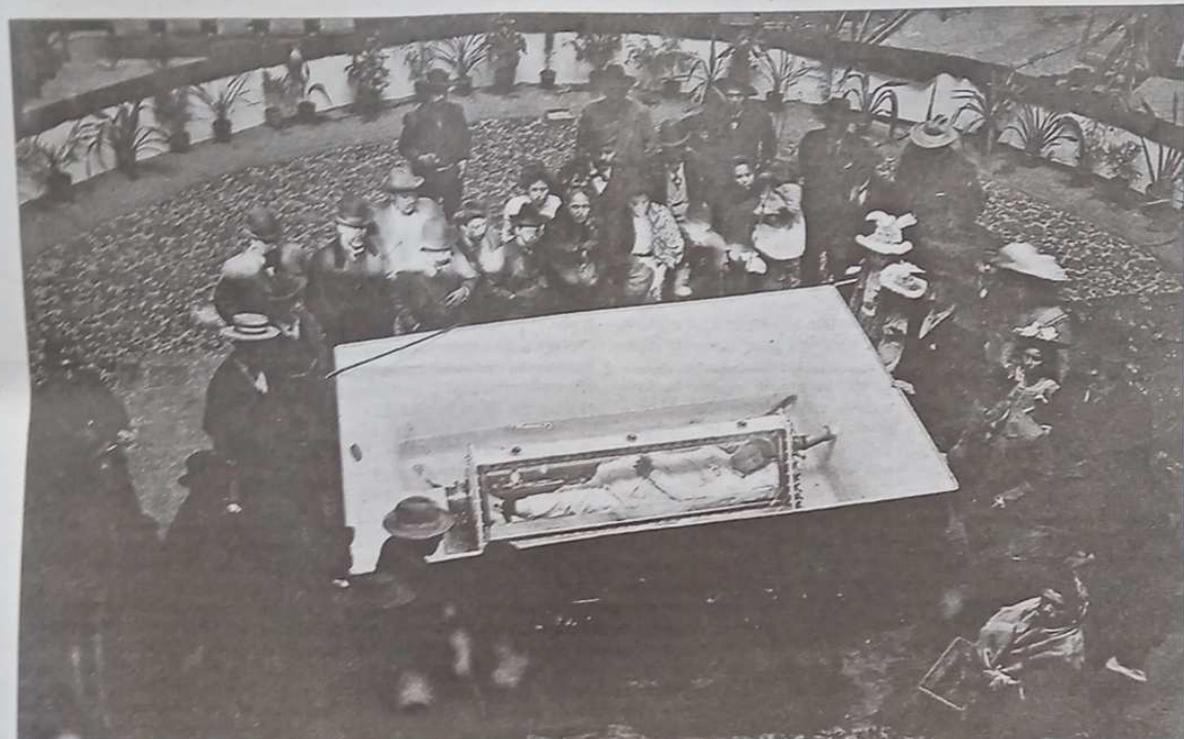


CULTURA



Pappas, dentro de una vitrina de cristal sumergida en una piscina llena de agua, en una imagen sin datar. / GETTY

Un ensayo repasa la historia de los llamados artistas del hambre que escandalizaron en los siglos XIX y XX como precursores de la 'performance'

El ayuno como obra de arte

SERGIO C. FANJUL, Madrid

Ahora lo que mola es comer. En Instagram abundan las cuentas sobre comida grasienta y los concursos de ingestión de hamburguesas. En los países ricos alimentarse no es solo una función vital sino una forma de ocio, o incluso una performance: se fotografían y comparten desayunos, almuerzos, meriendas y cenas. En algunos lugares el sobrepeso es una epidemia. Pero hubo un tiempo, entre los siglos XIX y XX, en el que algunas personas practicaron el ayuno como una de las bellas artes.

El artista del hambre Jolly, nombre artístico de Siegfried Herz, era a finales de los veinte una especie de estrella del rock: iba de gira por las grandes capitales y su figura servía como reclamo publicitario de productos como la cerveza. En una de sus actuaciones permaneció 44 días sin probar bocado en el restaurante Krokodil de Berlín, por lo que recaudó 135.000 marcos de la época (hoy, alrededor de medio millón de euros) y recibió la visita de 350.000 personas que pagaron entrada por ver al *hungerkünstler* (artista del hambre en alemán) encerrado en una celda de cristal. Personajes como este inspiraron el célebre relato corto *Un artista del hambre*, que Franz Kafka publicó en 1922.

"Me interesa mucho quién iba a ver a estos artistas, y por qué", dice Fernando González Viñas, historiador, escritor, traductor y autor del reciente libro *Los artistas del hambre (o los orígenes de la performance)*, publicado por El País, un curioso volumen que



Henry Tanner, retratado en una postal durante uno de sus ayunos, en una imagen facilitada por la editorial.

une un ensayo sobre la historia de aquellos famélicos y una novela gráfica donde el autor imagina la vida y las motivaciones de un artista ficticio. "A partir de ahí", continúa el autor, "mi tesis es que aquellos artistas del hambre fueron los precursores de la performance, incluso antes del Cabaret Voltaire de los dadaístas, que suele fijarse como inicio de la disciplina, y los conecta con formas de misticismo anteriores".

Ese desprecio por el cuerpo terrenal que supone no alimentarse fue visto en tiempos pretéritos como una forma sacrificial de acercarse a la divinidad. Un ejem-

ploteable es el de Simón el Estilita (el asceta cristiano a quien Luis Buñuel le dedicó la película *Simón del desierto*), que pasó 37 años subido a una columna en el siglo V, como una especie de performance antiquísima, con frecuentes periodos de ayuno. Durante la Edad Media cundió la moda piadosa de alimentarse solo de hostias sagradas, como si Dios fuera suficiente para sobrevivir, y durante la época victoriana aparecieron las *fasting girls*, las mujeres que ayunaban religiosamente (y que a veces eran acusadas de fraude). Aunque, ¡jojo!, sobre estas también se ha dicho

que fueron la primera versión de las corrientes que ensalzan la anorexia en los tiempos actuales.

Una de aquellas mujeres, Mollie Fancher (1848-1916), conocida como el Enigma de Brooklyn, acabó, después de dos accidentes con caballos y calesas, postrada en la cama de por vida. Allí, en el lecho, su despepsia le obligó a pasar largos periodos de ayuno y de trance (hasta de nueve años, según alguna crónica). Las críticas y la desconfianza arreciaron y llegó la ciencia: ¿era posible resistir tanto tiempo sin ingerir alimento?

La ciencia, en este caso, era el

"doctor hambre": Henry Tanner, que permaneció 40 días sin comer en 1880 para demostrar que el largo ayuno era posible. Pero más allá de lo científico, la primera persona que concibió el ayuno como arte, y como encierro, fue el italiano Giovanni Succi: inspirado por Tanner, en uno de sus ayunos, de 45 días, en 1890, acabó muy mal, pero acabó: "Casi agotado físicamente, sus nervios literalmente destrozados y sus músculos debilitados. Los médicos dicen que estaba al borde del colapso", según publicó entonces *The New York Times*.

Estrellas mediáticas

Luego vendrían otros artistas de renombre: Pappas, Merlati, Sacco, Nicky, Daisy, Wolly, Ventego, Garnié o el dúo ayunador Harry y Fastello, que, al final de sus actuaciones, posaba para la prensa en compañía de señores con sobrepeso, para que se notase el contraste. El reto era también psicológico, como escribe el investigador: "Una mente encerrada durante días y noches en un espacio reducido, obligada a luchar contra los deseos de su cuerpo, se veía además trastornada, en ocasiones torturada, por los visitantes, que preguntaban, irritaban y llegaban a llevar comida con ellos con ánimo de fastidiar".

Este "arte" pasa por varias etapas: una edad de oro, antes de la Primera Guerra Mundial, y un resurgir en forma de edad de plata hasta la Segunda, después de la cual desaparece. En esas etapas de crisis, guerra y posguerra, cuando el hambre se generaliza y se convierte en colectiva, deja de tener interés en su faceta individual. En tiempos más recientes, algunos artistas como David Blaine o Cen Jianmin han imitado a los artistas del hambre. Ambos se colgaron de grúas en jaulas transparentes. El segundo, en China, alcanzó los 49 días de ayuno. El primero, en Londres, 2003, aguantó 44 días y perdió 25 kilos. Generó cierta animadversión: la gente le enseñaba el culo o le lanzaba hamburguesas, huevos, pelotas de golf o botellas de cerveza. Un DJ se dedicó a martirizarle con música todo volumen durante 24 horas seguidas.

González Viñas ve en aquellos artistas a los precursores de parte de la performance posterior, aquella que pone en jaque al cuerpo y busca experiencias extremas. "Eran artistas cuya sola presencia ya bastaba para hacer arte, lo mismo que propone Marina Abramovic en algunos de sus trabajos", señala, "una presencia despojada de todo, hasta del alimento". También busca conexiones con otros artistas como Joseph Beuys, que en 1974 se encerró en una galería durante tres días con un coyote; Chris Burden, que en 1971, además de pegarse un tiro en un brazo, pasó cinco días encerrado en la minúscula taquilla de un colegio, o el español Abel Azcona, que en 2013 pasó 42 días metido en un pequeño habitáculo a oscuras y alimentándose solo mediante una pajita (y acabó en urgencias). "De lo que tenían realmente ganas los artistas del hambre, más allá de ayunar o de ganar dinero, era de trascender", concluye al autor.